

La autobiografía y la escritura del deseo

Ricardo Fernández Romero

«Si pierdo la memoria, qué pureza», escribió el poeta Pere Gimferrer. «La vida no tiene sentido, los textos autobiográficos sí» escribe Ángel Loureiro (*The Ethics Of Autobiography. Replacing the Subject in Modern Spain*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2000, p. 19), como para confirmar que la pureza a la que se refiere el poeta es la de aquellos que jamás se vieron tentados por la necesidad de mostrar una identidad en público, la necesidad de poner orden (es decir, convertirla o perderla en un discurso), y se ven agraciados, por tanto, con la posibilidad de permanecer al margen de la angustia y el deseo que persigue a los que se arriesgan a su puesta de largo en un texto. De su vida escribe el que se sabe impelido a usarla en público. La autobiografía, entonces, es empresa peligrosa por el impulso que orienta la misma hacia ese otro, amable o ingrato, que es el juez que podrá rechazar el yo puesto en juego. Por eso Loureiro habla del componente ético de la autobiografía como conductor de la misma. Por esa medida el texto se llena de sentido y la vida expuesta adquiere el significado del gesto con el que se la juega. Surge ahí un deseo de identidad, el del triunfo en este juego para lograr del otro, y de ese modo para sí, la sanción a un ser extraño, inconsistente fuera del texto; incoherente, paradójicamente, sino es por la cohesión del deseo mismo que lo pone en pie en el papel.

Quizá para aquellos cuya identidad presente sólo puede ser entendida como desposesión es donde la dinámica del deseo de identidad trabaja a fondo y logra, quizá, algunos de los mejores textos autobiográficos en la literatura española. Sin duda porque en ellos el deseo de identidad se manifiesta trágicamente como una búsqueda ineludible pero certeramente intuida como imposible; como un proceso de reparación de una herida o catástrofe cuya sutura sólo puede ser discursiva, reservada al ambiguo terreno donde se juega a transplantar lo imaginario al mundo extraliterario de la decepcionante realidad.

Hablamos ahora de los exiliados, para los que la autobiografía se erige como un medio privilegiado de lidiar con su amarga experiencia. Probablemente sea el exilio el lugar por excelencia para la autobiografía, pues el contenido del mismo no es sino la vivencia de un corte ra-

dical con el pasado, con los espacios geográficos, sociales, sentimentales, etc. que han nutrido la identidad hasta el momento previo a la catástrofe. La autobiografía surge entonces como el espejo que revierte no una copia, sino una creación nueva a la que se otorga el ilusionista poder de dilucidar a quien la convoca y suturar al mismo tiempo las divisiones internas a las que se enfrenta el exiliado. En todo caso, el resultado de una autobiografía, sea o no un exiliado su autor, no es una radiografía en primera persona (o no del todo), sino una aspiración condicionada en muchas ocasiones por las carencias del presente, o de los diversos presentes desde los que se revisa o aumenta en sucesivas ediciones el caudal autobiográfico.

La historia de España es pródiga en exiliados. Y la guerra civil de 1936-1939 puede ofrecernos algunos de los más interesantes ejemplos de los que vuelven sobre sí, de los que buscan el arraigo perdido interrogándose, extrañándose a sí mismos en el texto para intentar apropiarse de vuelta el resultado (aunque una vez puesta en circulación ninguna vida escrita sea ya propiedad privada) y sustituir así la vida por el deseo de otra, una supravida, si pudiera decirse así.

Para centrar este breve recorrido por la escritura autobiográfica y el deseo vamos a abordar, por medio de unas breves calas en el gran *corpus* de memorias exiliadas, la escritura del recuerdo surgida en torno a la guerra civil, al exilio vivido en ella o inmediatamente después de ella, mediante los ejemplos de Rafael Alberti, Luis Cernuda y Jacinto Benavente. Los tres escritores, tan dispares entre sí, coinciden en elaborar su respuesta autobiográfica aún inmersos en la vivencia de la herida, con diferentes estrategias literarias, pero unidos por la ruptura, la desposesión, la vivencia de una vida detenida (como detenido está el sentido del tiempo en el exilio) y la necesidad de reelaborar una identidad con la que hacer pie en la nueva orilla (literal o metafórica) en la que por obligación acaban de desembarcar.

Alberti, por ejemplo, en su conocida *Arboleda perdida*, en el primero de sus cinco libros o partes, objeto de nuestro interés en estas páginas, divide tipográficamente su escritura en dos, visualizando la dualidad que lleva al deseo y que señala los límites del mismo, la distancia que tiene que recorrer. De un lado, en cursiva, el ser que escribe desde el París ocupado, amenazado por los nazis, en 1941, derrotadas sus ideas políticas, expulsado no sólo de su patria, sino del espacio literario conquistado: definitivamente desposeído. Una voz, en definitiva, que interroga al ser del pasado, recordado a su vez en el resto del texto, con cuerpo de letra normal. Uno y otro yo no pueden confluír para lograr la

unidad de una identidad no escindida, es decir, coherente, asumible, con un orden propio surgido del proceso de investigación arqueológica como aquel con el que los satisfechos de sí mismos dan cuenta ante el mundo de sí: «así soy –proclaman– y ya desde pequeño, como puedo demostrar, apuntaba a ser el que finalmente he conseguido ser». Pero es esa línea en ascendente progresión, todo lo imaginaria que se quiera desde la altura de la vida en que se escribe, la que no puede establecerse.

De este modo, frente a los practicantes de la profecía autocumplida, a los desposeídos de sí, como Alberti, el deseo les lleva a proyectar un extraño remedio: buscar en el pasado la mejor versión de sí y unirla a su presente detenido en el ensimismado mirarse a sí mismo. En efecto, la continuidad de la vida se ha roto después de la catástrofe, sólo el deseo y su proyectada sutura pueden poner en marcha de nuevo al exiliado que vive en ese insufrible destiempo, como lo llamara una vez Borges, que no es otra cosa que sentir que ninguna actividad puede reanudar el destino atribuido a la identidad hasta hace poco aceptada como la propia, o que se piensa ahora como apropiada. «Me gustaría ser», se dicen los exiliados. Y entonces sueñan:

¿Qué llevo hecho en estos meses? ¿Qué he producido? Apenas nada. Sólo he visto morir de hambre y persecución a muchos buenos españoles y alejarse de las costas de Europa a muy buenos amigos. Pero ya hablaré de esto algún día. Los presentes son demasiado duros, demasiado tristes para escribir de ellos. Quiero volver a aquellos otros de mi infancia junto al mar de Cádiz, aireándome la frente con las ondas de los pinares ribereños, sintiendo cómo se me llenan de arena los zapatos, arena rubia de las dunas quemantes, sombreadas a trechos de retamas (*La arboleda perdida. Libros I [1942] y II [1959] de memorias*, Barcelona, Seix-Barral, 1975, p. 46).

El resultado es un consciente proceso sin fin, en el que el deseo no puede cubrir la distancia entre la realidad y el recuerdo. Y aún podría decirse que el deseo agranda esa distancia al idealizar por contraste el pasado. En todo caso, la contradicción dolorosa inherente en este proceso empapa de encrespada literatura a estos autobiógrafos («Allá donde yo quisiera ir por los aires, no puedo. Rueda por tierra mi cabeza, rebotando tres veces. De los ojos se me escapan relámpagos» (p. 64)) para pasar inmediatamente a pretender sustituir la vida por la literatura desde el momento en que la primera se ha detenido en el destiempo:

Sólo los niños ciegos, buenos y tontos del colegio no han conocido aquellas horas radiosas, llenas de viento y sales, tembladoras del blanco de las sali-

nas hacia Puerto Real y la isla, suficientes para empapar toda la vida de una infinita luz azul, ya imposible de desterrarla de los ojos. Cuando me muera, si es que a mi cuerpo no lo manda a la nada una bomba de Europa, que me abran los ojos suavemente; éstos verán cómo se les albean los dedos de espuma de la playa y las uñas de fina arena; y en mis pupilas, igual que dos minúsculos esteros de cristales, redonda y perfecta la bahía, llena de velas gaditanas, con mis ciudades primorosas en círculo, balanceadas de mástiles y chimeneas (p. 47).

Así, las efusiones poéticas a propósito de una playa, de la luz gaditana recordada, son en Alberti el momento en que uno y otro lado (realidad y deseo, presente y pasado) confluyen; pero sólo ahí, en lo imaginario, en el lirismo al margen del mundo puede siquiera aspirarse el contenido de la experiencia del ser del pasado incorporado al presente, pues estos exiliados comprenden a la vez la imposibilidad de ese proyecto (ese «donde quisiera ir no puedo»), lo cual sin embargo no les disuade.

¿Deseo y poesía entonces? En el terreno de la escritura autobiográfica uno y otro elemento de esta ecuación se han usado para dar lugar a textos cercanos a la llamada novela lírica o al poema en prosa. En efecto, ha existido en España una pequeña tradición autobiográfica, caracterizada por el fragmentarismo, la ruptura de la linealidad temporal y, como es de prever, un uso cuidadoso, esmerado, («poético») del lenguaje.

No es el caso de Alberti, a pesar del marcado lirismo de algunos fragmentos, pero sí el de otros poetas o novelistas que afrontan de este modo el exilio (real o simbólico) y el deseo de sutura del mismo a través de la escritura autobiográfica. Es curiosamente un novelista quien inaugura esta tradición en España allá por los años modernistas. En efecto, José Martínez Ruiz en *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904) se transmuta en un Azorín que se sienta a recuperar en morosas viñetas pequeños instantes de tiempo, un tiempo que conectando uno y otro lado de la escritura autobiográfica, el presente y el pasado, interrumpe el discurrir de la vida para situarse voluntariamente al margen. Eternizar el instante, parece ser la divisa, teñida de la nostalgia de saber que en un solo pestañeo esa visión supratemporal desaparecerá. Entonces, la necesidad de construir un tiempo al margen parece llevar a buscar dentro del marco general de la narratividad, necesaria para dar cuenta de una vida, espacios poéticos que la contaminen, que subvirtan esa misma narratividad, que la detengan, que espacialicen la vida (en tanto que se busca detener el tiempo) a la búsqueda de un retrato mejor, una versión mejor.